

A blue-toned mural of a woman with long dark hair, wearing a corset. The mural is painted on a textured wall. The woman's face is pale blue with dark eyes and a slight smile. Her corset is dark blue with white lacing. The text is overlaid on the left side of the image.

DE LA BELLEZA, UN CORSÉ. DEL DOLOR, ELLAS.

XIOMARA V. SUESCÚN

Hoy retomo este escrito, inmersa en **Oblivion** de Piazzolla, pensando en esa tarde de septiembre en la que con enorme dificultad me senté por primera vez a escribir sobre mí. Llevaba dos meses de recuperación de una cirugía de columna que me hizo despertar. Aquellos eran unos días en pausa, unos días sin tiempo, unos días de inmenso dolor.

Eran días en cama que me permitieron acercarme a la lectura apasionada de dos textos; la **Biografía de Frida Kahlo** y **Americanah** de Chimamanda Ngozi Adichie. Libros que, por cierto, jugaron un rol fundamental para iluminar lo que sería todo un año de recuperación. En ese momento, por petición de una gran amiga, me motivé también a la escritura. Sentía que tenía muchas cosas por decir sobre mi historia y mi cuerpo, pero, irónicamente, antes me había sido imposible sacar el tiempo suficiente como para lograr una página entera.

Esperé unos días y en compañía de esos dos libros, ubicados uno a cada lado del computador, me lancé a la página en blanco, a enfrentarme a un dolor que me hacía escribir a un ritmo intermitente; escribía sentada, reflexionaba de pie, descansaba en la cama, hasta que logré terminar este texto.

A diferencia de los corsés occidentales del siglo XVI, popularizados por destacar (al filo del delirio risible o sibarita) las graffias femeninas, existen los corsés ortopédicos, famosos por corregir irregularidades óseas pero también por anular (paradójicamente con los corsés de las cortes monárquicas) un estereotipo que valida la estética mujeril¹.

Por supuesto, existieron también los jubones o casacas para los hombres y, en cuanto a los corsés médicos, estos realmente no han hecho distinción de género, pero los corsés de interés para mí son femeniles.

En los reinos europeos, el corpiño surge **esplendoroso**, henchido de detalles; de lazos, de telas, de encajes, bordados, de diseños suntuosos pero también, de varillas y tallajes que se imponen al punto de sofocar a cualquiera. Algunos aludirían a dicho corsé como impactante, otros como notoriamente excesivo e innecesario, aun así destacaba la sensualidad de las mujeres quienes lucían sus cuerpos **voluminosos** salpicados de atavíos, una ostentación permanente que, en los lechos nupciales o caballerizas ocultas se reducía, como es costumbre, a la simplicidad del enlace amoroso.

Por otro lado, están los corsés ortopédicos, de yeso, plástico, metal o sus aleaciones. Horripilantes estructuras para amoldar cuerpos que, sin corrosión en el tiempo, han torturado almas **estrelladas y miserables**. Objetos con pretensión de amalgamarse con un cuerpo, de acogerse artificialmente a una piel vital. Forasteros que reclaman un lugar que **jamás** debió ser concebido pero que el azar, la infortuna, la torpeza genética o los designios divinos, permitieron.

La diferencia entre ambos corsés es entonces, la voluntad de usarlo. Eso se podría cuestionar suspicazmente, como también la idea de belleza o deseo que se construye a su alrededor.

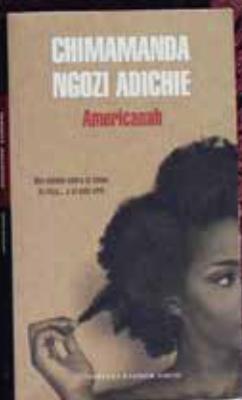
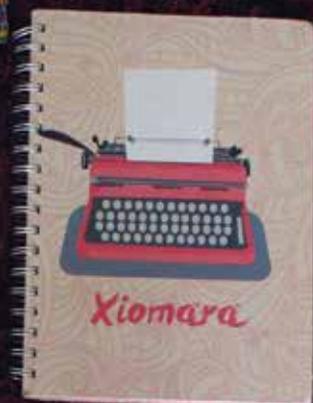
Es insólito –puede ser– asumir un corsé, cualquiera que sea, por voluntad propia. Así como tal vez lo es asumir una cirugía estética, incómodos tacones, rutinas agobiantes de maquillaje, tatuajes o perforaciones ornamentales, tirones, chamuscados o extensiones de pelo. Estoy a favor de todas las anteriores al suponer los casos en que existe una decisión autónoma –que creo que las hay– por elegir locuciones del cuerpo que satisfagan, al final del día, a quienes asumimos lo **absurdo**.

En general el cuerpo y su intrínseca condición de exhibición, es un escenario de disputas internas, resistencias y negación. Un lugar en el que difícilmente sentimos amor pleno por todo lo que vemos o sentimos sobre él. ¿Cuándo lo ha sido para alguien? ¿Cuándo para las mujeres?

En mi caso, del lado de los corsés anuladores del deseo y que no te ofrecen la posibilidad de huir de ellos, estuve cinco años apresada en uno ortopédico que impedía libertad en mis movimientos, reprimía mi flexibilidad y, **por supuesto**, entorpecía la construcción de un referente de belleza, proceso exploratorio e inevitable de la adolescencia.

Asumí, con los años, ese lugar sin privilegios aparentes. Sin embargo, al tiempo sentía que me liberaba del acoso y morbo masculino propio de la **pubescencia** y eso, definitivamente, un punto a favor en la adversidad. En mi caso, yo no lloraba por desamores, ilusiones maltrechas, cosificaciones, en cambio, ganaba ciertos espacios marginales de poder en los que escribía

1. De los pocos sinónimos de femenino que no empieza por la raíz latina fem y que no es débil, suave, delicado y blando.



cartas ajenas de amor eterno, exhortaba a aprender de la vida con una sabiduría presuntuosa –existente aún– y generaba –en ciertas mujeres y hombres mayores– respeto y una popularidad alterna.

Ese corsé de polipropileno y otros materiales termoplásticos, fruncía mi torso sin indulgencia, se acompasaba con el calor para marcar mi cuerpo con quemonazos que afortunadamente se desvanecieron con los años. Igualmente reducía las alternativas de vestir, obligándome a usar un tallaje mayor y a perderme en esa inmensidad textil, donde mi delgadez se hacía más evidente.

En el colegio, yo, una persona moderadamente inteligente, logré con mis buenas notas o, tal vez, generando algo de lástima y preocupación, obtener asientos más cómodos, concesiones académicas o flexibilidad en los horarios ya que asistía con mucha frecuencia a la clínica a tomarme radiografías que iban y venían de manera constante.

Por otro lado, el dolor me perseguía. En mi mocedad lo resolví con medicamentos y amigas genuinas. En lo cotidiano evitaba hacer filas, visitar centros comerciales, comprar mercado, ir a conciertos en espacios abiertos y cargar pesos excesivos.

Al terminar el colegio los médicos notaron la irreversible desviación de mi columna vertebral y la infructuosa presencia del corsé por lo que decidieron retirarlo para siempre. Sugirieron cirugía pero como el deporte aún era una opción, tardé en llegar a lo que fuera inevitable. Así, en la Universidad, por

una patológica reacción me re inventé y empecé a olvidar el corsé al punto que hoy me es difícil recordar esa época. Fui finalmente libre para verme como yo quisiera; como niño, como deportista, como hippie, o como una mujer *old-fashioned*. Fui tantas versiones de mí como quise. Pero lo significativo de esos años: me había desecho del corsé y de sus efectos... ¡Oh! ¡Engaños de los años imberbes y joviales!

Para julio del 2015, tres años después de haberme graduado como profesional, mientras me movían en la camilla para instalarme en el quirófano, miraba a los médicos y a las enfermeras. Me sentía expectante pero no estaba nerviosa. Los médicos me hablaban con dulzura, como si me tuvieran que tranquilizar, pero no sentía miedo ni me sentía víctima de un mundo injusto.

Estaba en esa camilla, mirando a todos correr, mientras movían máquinas, cables, etc. El anestesiólogo a mi lado. Noté que faltaba uno de los cirujanos y pensé, ¡el colmo de su impuntualidad! Luego miré el techo, immaculado,

prolijo. Un juego de luces amarillas se interponía mientras eran encendidas. Pronto, imaginé una rosa dorada gigante que cubría desde el techo, toda la habitación. Es mi último **recuerdo**.

Los riesgos de esta cirugía: morir. En una cirugía de columna, además: tocar un nervio y dejar inmovilidad de por vida, se debe tener mucho cuidado en la recuperación ya que un tropiezo, un estornudo, un tocido o movimiento inconveniente puede revertir el proceso y hacer enorme daño.

“ES INSÓLITO –PUEDE SER– ASUMIR UN CORSÉ, CUALQUIERA QUE SEA, POR VOLUNTAD PROPIA. ASÍ COMO TAL VEZ LO ES ASUMIR UNA CIRUGÍA ESTÉTICA, INCÓMODOS TACONES, RUTINAS AGOBIANTES DE MAQUILLAJE, TATUAJES O PERFORACIONES ORNAMENTALES, TIRONES, CHAMUSCADOS O EXTENSIONES DE PELO”.



En mi proceso, como pueden evidenciarlo, si aún siguen leyendo, no morí. Y para su tranquilidad, si de algo importa, muevo todas mis extremidades, sin habilidad pero con gracia.

Cuando desperté estaba en una sala gigante, sola. Alrededor estaban los dos cirujanos y el anesthesiólogo. Este último me preguntó, “¿cómo estás?” Yo sólo respondí: “dolor”. De inmediato me inyectó algo mágico con efecto celestial. Luego los otros médicos me miraron, sonrientes y mientras se alejaban apurados oí que dijeron: «fue un éxito, casi no hubo sangrado». Supongo que es bueno, pensé y luego, quedé sola. Sentía mi cara hinchada, pesada. Con dolor en mi espalda, mis brazos, conectados a líquidos y a máquinas. Sin embargo me sentía serena.

Los días siguientes fueron de intenso dolor, al hablar, reír, gestionar cualquier movimiento. Tiempo de aprender a caminar de nuevo, de verme en mi absoluta fragilidad, con una permanente sensación de desbaratarme en un impertinente paso en falso. Heredo una herida de treinta centímetros que me exige a gritos no olvidar.

Hoy vivo un dolor distinto, la molestia continúa, tengo una sensación de que algo extraño me acompaña en cada movimiento. La recuperación es de doce meses, pero los cuidados son para toda la vida. En mi cuerpo porto la cicatriz como reflejo de batallas, de un pasado sujeto a una prisión y luego, a una cirugía que marcaría mi cuerpo y liberaría mi vida para siempre. En el espejo aprendo a observarme con un amor maternal y empiezo a reconocermme. Ahora sé contemplar en mi cuerpo belleza. ¿Existe una belleza legítima en tiempos cortesanos o en tiempos globalizados? ¿En la modernidad o en la posmodernidad?

No lo creo. ¿Una Belleza Otra? Tal vez. Con corsés o sin ellos, **incluso** con dos varillas y diez tornillos de **titanio** que rodean ocho vértebras y las atraviesan. Puede ser. Algunas bellezas se **sostienen** de ahí y ciertas

pieles con su sabiduría corroboran eso que algunas, a veces, sólo comprendemos con invasivas experiencias.

Finalmente, todo esto para seguir pensando ¿a qué belleza me refiero cuando pienso en mi historia o en mi cuerpo cuando siento mi cicatriz? ¿Qué quiero contar cuando hablo del corsé? Sigo creyendo como hace un año que la belleza y la percepción del cuerpo corresponden a un proceso indeterminado, es inacabado, no pertenece a épocas, tampoco a tendencias *fashionistas*, con menor razón a patrones estéticos patriarcales o sexistas, religiosos o culturales. La belleza y el cuerpo no se perciben únicamente con los sentidos, son una expresión compleja de la propia existencia, apilan experiencias, dolores, pérdidas, descubrimientos.

*Hoy **finalizo** este escrito, nuevamente, escuchando **Invierno Porteño** de Piazzolla, de regreso a esa tarde de septiembre en la que con enorme dificultad me senté por primera vez a escribir sobre mí. Y hoy agrego un par de letras más para seguir descubriendo eso que se revela a través del dolor, de las experiencias, de la contemplación, de la escritura, del tiempo.*

Por eso siempre estoy escribiendo mañana.

De la belleza, ellas.
Del dolor, un corsé.

Xiomara V. Suescún

Si alguna vez he creído saber quién soy, fue en los días siguientes de la cirugía de columna que viví. Fue el momento en el que tuve la certeza absoluta de saber que yo era esas tardes de sol en guayacán, esas tardes de julio que se colaban por la ventana de la habitación donde me recuperaba entre el dolor y la plenitud. Ni el nombre, ni la profesión, ni el pasado, ni el futuro. Eso lo había perdido, a buena hora, y debo decir que jamás me he sentido más libre como en esos días. Si me preguntan, tengo un año de existencia y siempre estoy escribiendo mañana.